La existencia del mar

JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

Estudiábamos en el mismo colegio, pero apenas si tenía amigos porque era huérfano de padre y estaba allí como chico pobre y hasta le hacían vestir de negro, según mis hermanas porque así los curas podían presumir de caritativos. Eran cuatro los huérfanos, y la vergüenza les hacía rechazarse incluso entre ellos. Iban con pantalones cortos a pesar de que Arturo era mucho más alto que nosotros y ya tenía pelos en las piernas. Unos pelos lacios y negros que daban tristeza, como sus ojos lánguidos, casi sin vida y su voz apagada. Se hizo amigo mío porque compartíamos la pasión por las colecciones: de cajas de cerillas, de chapas y corchos de botella, de etiquetas y de matrículas de coches. No se había movido nunca de Teyá, lo más lejos que había llegado era a las viñas del merendero, donde íbamos a robar uva y a charlar.

Apenas si lo recuerdo riendo, pese a que tenía un extraño sentido del humor y observaba aspectos absurdos de las cosas que nosotros no habíamos visto y hasta no nos hubiésemos atrevido a ver. Se podía burlar incluso de sí mismo, de sus piernas pálidas, flacas y peludas, de la sombra de bigote, de cómo tartamudeaba cuando le preguntaban en clase (como estudiante era muy torpe) fingiendo que estaba pensando cuando en realidad su cerebro estaba vacío y lo único que deseaba era que llegase el momento en que el cura se cansase de torturarlo y humillarlo y le hiciese sentar. Curiosamente, durante las explicaciones tomaba notas y tan bien tomadas que todos le pedíamos los apuntes, hasta Canals que siempre era el primero de la clase por lamecuras y deportista.

En las clases de geografía de pronto le veíamos sonreír con expresión burlona, a pesar de que lo único que podía provocar el padre Maestre era miedo y aburrimiento: se limitaba a leernos el libro de texto y de vez en cuando se arriesgaba a señalar el mapa de hule con un puntero, aunque siempre titubeando: se le confundían los ríos y los océanos, los valles y las montañas que nosotros podíamos ver sin necesidad de que nos señalase nada. Yo miraba admirado la sonrisa sardónica de Arturo, en realidad un muchacho pusilánime que sabía lo precario de su situación y que su vida de estudiante pendía y dependía de un hilo de araña. A mí me había dicho repetidas veces, como una obsesión, que odiaba a los curas y su pegajosa caridad, pero que estaba dispuesto a aguantar todas las indignidades con tal de terminar sus estudios. Esta sonrisa y su habilidad para tomar apuntes era lo único misterioso en la vida de Arturo. También su capacidad para que, a pesar de que no lograba o no le interesaba integrarse en ningún grupo, nadie se burlara de él. Tal vez porque, para protegerse, había conseguido crear la impresión de que era él quien rehuía la compañía, sabiendo que de todos modos corría el riesgo de ser rechazado por huérfano y por pobre y también porque raramente compartía nuestras experiencias: con permiso o no de nuestros padres, a pie o en el autobús amarillo como una avispa, nos íbamos a los baños San Pedro de Masnou, a pasear y mirar chicas al Paseo de las Palmeras de Badalona o a las fiestas mayores. Como íbamos siempre en grupo, no me atrevía a decirle que me acompañase y de todos modos lo más seguro es que me hubiese dicho que no podía o que no quería. Pero en Masnou había conocido a dos chicas muy tontas y muy simpáticas, Clara y Maribel, y cuando les hablé de Arturo me dijeron que por qué no bajaba con él también. Cuando les expliqué que era huérfano Maribel se echó a reír: "pues así no tiene ni que pedir permiso a nadie. Qué más quisiera yo que ser huérfana". Nos reímos los tres de nuestros padres que se pasaban la vida prohibiéndonos cosas que lo mismo íbamos a hacer y les prometí que bajaría con Arturo.

Yo estaba en todos los grupos, así que no tenía compromiso con ninguno. Si me cansaba de uno me iba con otro. Y una mañana me levanté cansado de todos y decidí preguntarle a Arturo si quería bajar a Masnou para bañarnos.

—Ya tengo la balsa del merendero —me dijo—, y encima puedo bañarme solo y desnudo.

Le hablé de Clara y Maribel. —¿Con estos pelos? —se rió sin expresión. Hubo un silencio que no rompí: sabía que Arturo no pensaba en los pelos, al fin y al cabo esto le daba cierto prestigio, pensaba en su ropa, en su cuerpo de huérfano, temas que no tocábamos nunca. De pronto me dijo:

—Y además, el mar no existe.

Conocía bien a Arturo: no era una broma. A no ser que hubiese descubierto un nuevo matiz para desconcertarme.

—¿Cómo que el mar no existe? La tercera parte del planeta es agua.

—Y el cuerpo humano también. Y yo por mucho que salte no la oigo ni la siento. ¿Dónde está el agua, eh?

—Está mezclada con las otras cosas.

—¡Ah! ¡Así que todo está aguado!

—Mira, yo del cuerpo no sé mucho, pero sé que la ves en el mapa. ¿No has visto el mapa del padre Maestre? Es como si todo estuviera flotando.

—¡El mapa del padre Maestre! ¿Y tú has visto cómo busca? Si fuese tan obvio no tendría por qué estar dudando.

—¿Y la lluvia?

—La lluvia viene de las nubes.

—¿Y las nubes de dónde vienen? ¿De París, como los niños?

—O de Londres, como las vacas. Pues vienen de la lluvia: llueve y el sol absorbe el agua de la lluvia y la lluvia vuelve a ser nubes. Y además están los ríos.

—¡Ah! ¡Ahora has caído en la trampa! ¿Y adónde van los ríos?

—Pues van y dejan de ir.

—No señor. Van al mar; el mar vive de los ríos, sin los ríos no habría mar.

—Ya empiezas a poner en duda la existencia del mar.

—Primero tendría que poner en duda la existencia de los ríos.

—Pues no te hace ninguna falta. Los ríos existen, si no no habría agricultura, tal vez ni siquiera lluvia. Nadie lo va a negar. Pero, ¿me vas a decir que un río, desde montañas muy lejanas, recorre miles y miles de kilómetros para buscar el mar? ¿Y para qué lo necesita el mar un río, eh? Los ríos están para regar los campos y hasta para bañarte, si te gusta, y cuando han ido metiéndose en la tierra y el sol los ha ido absorbiendo hay un momento en que se agotan, es de cajón, es como un depósito de agua que cuando se acaba ya no sale más del grifo.

—¿Y los barcos?

—Pues para ir por los ríos. ¿Cuántos barcos has visto, tú?

—Ninguno, pero tú también los has visto en las películas y en las fotos, ¿no?

—Y a Blancanieves y a Tarzán también los he visto. Y a San José de Calasanz. ¡Incluso me paga el colegio!

—¿Y cómo llegamos a América?

—Si tienes dinero, en avión; si no lo tienes, a pie; y si eres como yo te quedas en Teyá y Prou.

—Esto me lo dices a mí ahora, pero delante de los demás no lo dirías, ¿a que no?

—¿Quiénes son los demás?

—Cualquiera.

—Nosotros dos somos cualquiera y te lo digo todas las veces que quieras: el mar no existe y no existirá jamás.

—¿Por qué no vienes a Masnou y lo compruebas?

—Porque en Masnou no se me ha perdido nada, es como aquí pero está en otro sitio. Y para eso, ¿vale la pena moverse? Además —titubeó, se miró las manos, movió la cabeza como si no tuviese sentido seguir hablando—, además, ¿por qué tienes tanto interés en convencerme? ¿Qué te importa a ti lo que pueda creer o no creer si no tiene nada que ver contigo? Todos creemos cosas distintas, cuando todos piensan lo mismo es lo peor que puede ocurrir. Se hizo de nuevo el silencio y de pronto dijo con voz solemne, no sé si desesperada o irritada: —Y eso es lo que os ocurre, estáis siempre en grupo, creéis siempre en grupo, pensáis siempre en grupo y hasta pretendes que yo exponga mis opiniones personales en grupo.

No quería herirle y me daba cuenta de que estábamos yendo más lejos que nunca. Tal vez demasiado lejos.

—Yo no quiero convencerte, Arturo, y tampoco pretendía decirte nada importante. Sólo te he dicho que podríamos ir a la playa de Masnou, estar con Clara y Maribel, y si crees en el mar te bañas y si no te quedas charlando con ellas.

—Ellas pueden subir aquí. ¡A Teyá!

—¡A Masnou!

Intuí que había un vacío y que este vacío imposibilitaba cualquier conversación que fuese más allá de lo que cada uno de nosotros nos habíamos empeñado en creer. Hice algo que nunca me hubiese atrevido a hacer, le tomé la mano y le dije:

—Nadie tiene nunca razón si otra persona piensa lo contrario, pero pese a nuestras discusiones las piedras siguen siendo piedras, si me pongo a mear estoy meando y el mar, si estás delante de él, es el mar.

—Y Dios, si estás delante de él, es Dios. ¿Y si no lo estás?

—Basta con ir a buscarlo.

—¡No bajo a Masnou y ahora quieres que suba al cielo!

—No, déjame terminar. Lo único que te pregunto es que si lo que me has dicho a mí te atreverías a decirlo delante de cualquiera.

—¿Por qué no?

—Trato hecho—, le dije.

Sabía que estaba violando algo. Ignoro si lo sabía él. Lo mío, por otro lado, podía ser una intuición o un temor. Como cuando caminamos sobre un lago helado con el temor de que de pronto la capa se quiebre. Caminamos siempre sobre lagos helados. Los lagos de los desiertos, los oasis, los lagos de los sueños, el beso que damos un instante antes de amar o pedir amor, las heridas, los vidrios que saltan en los ojos, el pozo, el vómito en la blusa de seda, la ceniza de los muertos que nos ciega, los recuerdos que ya no están allí. El caso es que un día estábamos sentados en el bar de los billares, sin hablar, cuando llegó el grupo de frontón y se acercaron a saludarme y a preguntarme si bajaba a Masnou con ellos. Les contesté que todavía no había decidido. Tárrega me dijo que había cucañas

en la playa y se me presentó la oportunidad esperada.

—¿La playa? Arturo cree que el mar no existe.

—Si no existe el mar, ¿dónde vivirían las sirenas?

—En eso no había pensado —dijo Arturo, no sé si tratando de seguir la broma.

—¿Y para qué están los barcos, entonces? —dijo Erico

—Para los que creen en el mar. ¿Acaso no hay imágenes en las iglesias? ¿Acaso no hay iglesias? ¿Para qué están?

—¡Para los que creen en Dios!

—Pues los barcos están para los que creen en el mar.

—¡Oye! —exclamó Colmenares—. ¡Que éste lo de que no existe el mar lo está diciendo en serio!

Entonces habló Ramón Galera, el pelotari. Demasiado tonto para decirlo con mala intención.

—Y entonces, tu padre, ¿de qué murió?

Se hizo un silencio difícil. Traté de decir algo para romperlo, pero no se me ocurría nada. De pronto Arturo se levantó enfurecido para lanzarse contra él, pero antes de que nadie reaccionara para detenerlo se quedó paralizado, se puso a temblar, balbuceó sonidos confundidos con los esfuerzos por controlar el llanto y se fue. Yo me levanté pero no le seguí. Me pareció que todo el peso de la torpeza caía sobre mí, no sobre Galera, quien para probar que era estúpido (que lo sigue siendo, en su taller de reparación de bicicletas) bastaba con que abriese la boca. Todo el pueblo conocía la historia del padre de Arturo o, mejor dicho, las dos versiones de una misma historia: que se había suicidado o que había fingido suicidarse para desaparecer. En lo que coincidía todo el mundo era que la noticia del embarazo de Nuria le dejó anonadado. Insistía en que no se había acostado con ella, que no tenía la mínima intención de casarse y mucho menos de tener un hijo. Hasta que un día pidió prestada la barca a Luis Pagés, el hijo de Marina, y no regresó jamás: ni la barca ni él. Según algunos, cuando llegó al horizonte se arrojó al agua, la barca se perdió detrás del horizonte y todavía debe de andar medio podrida por quién sabe qué aguas. Según otros, la barca se la llevaron unos tipos de Arenys y al padre de Arturo se lo llevó un camión y por ahí andará, pues dicen que hasta tuvo humor para bromear "Me largo a América y América empieza en Premiá". Y nadie salió a buscarle. Por dejarle que se fuera o porque era muy tarde. O porque aquí vivimos en la indolencia, como barcas abandonadas en el mar del alba.

No pude dormir en toda la noche. Decir que no existe el mar es, desde luego, absurdo; y no era tan normal que Arturo dijese cosas absurdas. ¿Por qué me empeñé en que triunfara la lógica? ¿En qué podía afectarme que Arturo creyera o no en la existencia del mar? ¿Por qué tenía que estar seguro de la existencia del mar y no de que era un huérfano cuando todos le tratábamos como tal? ¿Qué es la amistad?, me preguntaba. ¿Mi empeño en mostrar que estaba equivocado y en ignorar las razones por las que se equivocaba o había decidido equivocarse? Pero ya al amanecer me sentí más tranquilo, pensé que no se podía dramatizar una torpeza inocente como la de Galera y que en realidad tampoco se podía negar la realidad de la desaparición del padre. Si el padre no está en la casa se es huérfano, tanto si está vivo como si está muerto. ¿Acaso las palabras de Galera iban a cambiar la vida de Arturo, al decirle algo que ya sabía?

Sabía que estaba cayendo en las trampas de siempre, trampas que yo mismo me tendía. Pero también me irritaba pensar que al fin y al cabo yo era su único amigo, el único que había ignorado su desgracia. Y por eso mismo, por meterme donde no me importaba, ahora tenía que ser también el único en sentirme culpable. Y lo que había dicho Galera tampoco era una mentira, había dicho algo que el propio Arturo sabía y que sabíamos todos nosotros. ¿Cómo se le podía ocurrir algo tan estúpido como que el mar no existe? De Teyá a Masnou hay un kilómetro y medio, basta caminar este kilómetro y medio para ver un mar que el que quiera hasta lo puede oler desde aquí, y allí están Maribel y Clara, los Sanjuán y las Ricard y las Serra y nosotros. Muy bien, es un pobre huérfano. ¿Qué tiene que ver eso con el mar? ¿Tengo que decidir que el mar no existe para solidarizarme con un huérfano? ¿No está en la misma clase que yo y que todos nosotros y con el mismo mapa que demuestra que el mar existe y que por eso existen las islas y los continentes y hasta nosotros mismos?

Por la ventana veo acercarse a la madre de Arturo. Me asomo a la escalera: "Mamá, mamá, dile que he salido". Y vuelvo a la habitación, pero dejo la puerta abierta. Clara es mucho más guapa, tiene los ojos verdes como el agua del interior del mar, y un cuerpo muy desarrollado, pero es tan lánguida que da angustia. Llaman a la puerta. En cambio Maribel, aunque tiene cara de mono en la playa nos divertimos mucho más. Que Arturo no ha vuelto a casa desde que salió ayer por la tarde. Siento una angustia que me impide respirar, como cuando estamos buceando y de pronto tenemos un calambre, pero mi madre le está diciendo que yo no me he movido de casa y que no puede ayudarla. Si sabe algo ya se lo dirá. Oigo cerrarse la puerta y veo alejarse a la mujer. Alta y flaca como su hijo, también ella vestida de negro, luto de viuda y luto de huérfano. "¡Juan Antonio!", me llama mi madre. Y luego, como hablando consigo misma, que es lo que hace siempre: "¡Qué desgracia de familia!" Miro cómo la figura de la madre se va hundiendo en el horizonte, como un sol negro, hasta que queda inmovilizada en mis ojos como un espantapájaros. Lo malo de Maribel, pienso, es que siempre parece que se está riendo de nosotros. Pero en realidad no importa. A la playa uno va a divertirse, ¿no? Y la verdad es que cuando estoy con Clara me entran ganas de llorar.